

ban en Tierra Santa, árabes o sirios con sus turbantes y túnicas blancas o verdes, mujeres vestidas a la manera oriental con sus colores chillones cubiertas de bordados de dibujos geométricos y largas mangas terminadas en punta en los briales de un color verde oscuro, y algunas monjas. Sólo hubo dos o tres comuniones.»

«La misa de los peregrinos españoles debía seguir a la misa del patriarca. Como capellán de la expedición, era yo quien debía decirlo. Tuve la suerte, la gracia, hablando con más propiedad, de consagrar el Cuerpo de Cristo en aquella noche del 24 de diciembre, junto a la gruta en que había nacido. Fué una misa sencilla, en que las camaradas de Falange cantaron el «Kyrie Fons Bonitatis» y los villancicos más bellos de su repertorio. Recordando a los pastores, los músicos las acompañaron con sus instrumentos. Ahora nadie dormía; la devoción había sacudido el sueño, el cansancio había desaparecido. ¡Qué hermoso era velar al lado de María! La iglesia se había vuelto a llenar. Por vez primera se oían auténticos villancicos en un Belén auténtico. Los curiosos escuchaban embelesados y emocionados, y no se cansaban de ver a las hijas de España con sus trajes regionales, en que figuraba el tono oscuro de Galicia y Cataluña, el tono claro de Andalucía y el tono rojizo de los castellanos y los vascos, y los colores vivos de Extremadura y los colores severos de Aragón. Toda España se prostró allí aquella noche y cantó y lloró y adoró, y fué emocionante —así me lo decía luego un franciscano— el momento en que las ciento cincuenta que componían el grupo de los Coros y Danzas, sin faltar uno solo, hombres y mujeres, muchachas y músicos, se acercaron con un fervor único en su vida a recibir la Sagrada Comunión. Esto no fué para usted una sorpresa, padre, puesto que usted sabe cuán verdadera es la Religión que

anima todavía a las gentes de su tierra, pero ¡qué contento estaba usted aquella noche ante aquel espectáculo que renovaba en su alma el orgullo de sentirse español.»

«Ha llegado, por fin, el momento de visitar la gruta. Un franciscano nos guía hasta el extremo de la nave de la Epístola. Hay allí una puerta de bronce y una escalera estrecha de mármol, por la cual vamos a descender. Las paredes están húmedas y los escalones gastados por los millones y millones de fieles que los han pisado desde los primeros siglos del Cristianismo. Avanzamos en orden cantando los aires populares de Navidad. Un franciscano español había dado la orden de cantar. Aquello parecía como el eco del primer villancico que, cantado por los ángeles, había resonado en aquel mismo lugar. Hubo, sin embargo, un franciscano italiano a quien molestaban los versos y las melodías españolas, y hubo que callar. Con pena nos dimos cuenta de que España, cuya presencia en los Santos Lugares fué tan importante en otro tiempo, apenas es escuchada en nuestros días. Callar allí tenía también su encanto. Los ángeles cantaban, pero María callaba. En silencio respetuoso, con el alma recogida, absorta en el suceso que allí se había realizado, el eco central de la Historia bajo las quince gradas que me dejan en la gruta. Me encuentro en una estancia casi rectangular, en la cual podrían haber cabido hasta cincuenta personas. Láminas de mármol blanco cubren el suelo y las paredes. De la bóveda irregular cuelgan docenas de lámparas. Todo es humilde, pobre y sencillo. Lo examino mientras me llega el momento de caer de rodillas bajo el nicho redondeado en su parte superior y más iluminado que el resto, donde ya rezan los que me han precedido. Nuestro ministro está allí dirigiendo el desfile y actuando a la vez de cicerone y de maestro de ceremonias. Escucho sus indicaciones: «Aquí nació